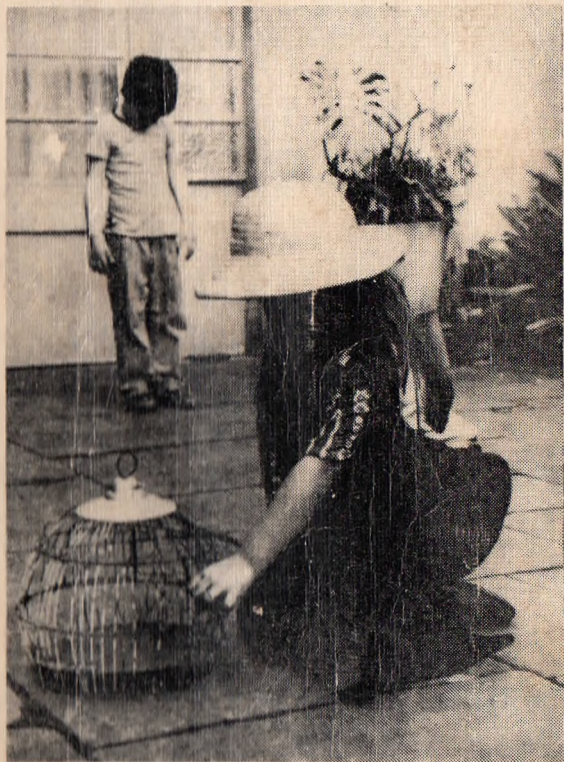


TODAVIA QUEDAN PAJAROS AQUI

CUENTOS



RAMON LANZIERI

David Almeida

July 19

TODAVIA QUEDAN PAJAROS AQUI

CUENTOS

RAMON LANZIERI

TODAVIA
QUEDAN
PALABROS
AQUI

CUENTOS

RAMON LANZIERI

LA FUNCION

Apenas cierro los ojos cuando ya vienen a instalarse en su ensayo. A veces no termino de recoger mi mano de la lámpara cuando ya los oigo ingresar en su teatro, delicados pero, de todos modos, retumbando en la inmensa sala vacía. Pueden venir, claro está, a cualquier hora y en cualquier momento, pero ahora, seguro, es de noche y hace mucho frío. La pieza es enorme, todas son enormes en esta casa y hace frío como en tantas otras ocasiones. Pero no es una queja, yo estoy muy bien aquí, acurrucado en mi cama como un niño, cerrando los ojos para verlos a ellos, generosos donadores de tibieza.

Mi tía duerme unos metros más allá en su propia cama y como la pieza da al frente, oímos sin dificultad el tránsito de los vehículos por la calle, o parejas o simples y anónimos silbadores. Desde que ellos se fueron ella duerme aquí conmigo porque dice que quiere cuidarme, aunque en realidad sería difícil decir quién cuida a quién

ya que ella está muy encorvada, muy frágil, como un personaje que va a salir de escena en cualquier momento para no volver. Como ellos, instalándose en el mal iluminado escenario que sin duda debo mejorar para que se vean como merecen, radiantes, espléndidos, jugando a ser eternos.

Hoy han venido tres. Una mujer, con el aire ausente de las mujeres más hermosas de la tierra, y dos hombres: uno joven y temeroso, dispuesto a lastimarse por todo; el otro, de más edad, robusto como un buey y ahora completamente indefenso con su sombrero en las manos. Parecen de otra época y yo solo me acurruco en mi cama butaca para verlos y oírlos. Con los ojos bien cerrados, casi hasta el dolor.

El decorado de hoy simula el frente de una casa de paredes blancas con motivos grises. Uno de los hombres se ha movido hacia un costado, la mujer aguarda tras el decorado y el hombre buey, muy triste, con su sombrero inútil entre las manos, ha llamado para verla.

La mujer aparece, como una isla en el mar; tiene su pelo revuelto y un aire concentrado que la torna aún más lejana.

-Soy yo- dice el hombre. La mujer mira hacia abajo. Hay un millón de movimientos posibles pero ahora, en este instante, la mujer mira hacia abajo, haciendo un gesto de cansancio.

-Sí- dice, suave, un susurro.

-Te quiero- dice el hombre- como el último día en que te ví. El tiempo no ha podido con mi amor.-

El hombre buey tiende una mano y al hacerlo parece aún más indefenso, un niño asustado que ruega. El silencio de la mujer es cruel y bello como un puñal de otra era.

Ahora oigo toser a mi tía, suavemente. Desde que mi mujer se fue llevándose a mi hijo mi tía decidió venir a esta pieza a dormir conmigo para cuidarme. Es muy común que por las noches procure recuperar con leves sonidos la armonía de su vieja garganta, y yo, como en tantas otras veces, rogaré para que no me pida agua. Eso me obligaría a perder la concentración, a abrir los ojos, perdiendo de vista el escenario frente al que me siento una excusa, un cuidador desocupado que se dedica a mirar con resignación.

Mi tía vuelve a toser, murmura, ¿llamará a su hermana muerta en sueños?. A mi mujer todo esto le resultaba insoportable. Le molestaban mis movimientos nocturnos en la cama, cómo iba a explicarle que un cuidador debe moverse. Le molestaban los ruidos de la tía y entonces tomó un día al niño en sus brazos y dijo,

-Me voy-

Y salió como un personaje sale de escena para verse envuelto en un gigantesco telón de niebla.

-¡ Qué egoísta eres! - decía ella, que nunca quería

conocer mi teatro, no le importaba.

Afortunadamente mi tía ha quedado callada. Ya no tose, no murmura, ¿vigila acaso? No sé, no me importa, Ahora los veo a ellos hablando en medio del escenario. Discuten acerca de cual debe ser la respuesta de la mujer, Si debe aceptar este amor que viene cabalgando en un pasado vivo, o rechazar al hombre maduro asido a un reloj infatigable. Yo tendría , claro, una respuesta, pero no debe confundirse la excusa con lo realizado; por otra parte, se vería muy mal que un simple cuidador aspirara a modificar un texto. Hay que aceptar la función de mediador con decoro.

En la calle se detiene un vehículo; unas personas hablan sin que pueda entenderse lo que dicen. Parece la voz de dos hombres pero no es seguro. Tal vez sea una pareja que se separa luego de una noche de amor, o el vecino que retorna de su trabajo; quién puede saberlo, nadie puede contar todos los caminos. Yo solo sé que es muy bueno estar aquí, tibio, con mi tía cerca con su propio teatro dormido.

-Quedate quieto-decía mi mujer por mis movimientos en la cama antes de dormir. Ella pudo tejer sobre mí una sutil y pragmática teoría de la inutilidad cotidiana.

-Lo arruinás todo-afirmaba. Y es seguro que tenía razón porque a duras penas me contengo para no participar en la discusión de ellos.

Los hombres son partidarios del rechazo, le daría un

toque dramático que, según ellos, resulta imprescindible para cualquier historia válida sobre el amor. Sin embargo, ella tiene otra opinión sobre el punto. Piensa en forma similar a mi mujer que aceptó tener un hijo para ver si el arruinado matrimonio podía salvarse. No resultó. Por eso me dijo.

-Me voy- Y realmente lo hizo, como una hoja seca cayendo del árbol. No volví a verla y fue a partir de ese día que mi tía eligió venirse conmigo a la pieza, lastimada por mi soledad, preocupada por no dejar ningún tipo de triunfo a mi mujer.

Por la calle pasa silbando un hombre; probablemente un sereno o un guardia, en todo caso alguien que vigila. La mujer mientras tanto expone su punto de vista.

-Yo pienso-dice-que se impone la aceptación. El la ha amado durante treinta años sin verla, ha sufrido todo este tiempo porque no la tenía, supuestamente por eso, y ahora está frente a ella. Si la mujer lo acepta, despojará al amor de su falso sentido trágico, sentido que los hombres le han dado para poder soportar el vacío. Si lo acepta, el hombre comprenderá el verdadero sentido del amor, y no habrá ninguna máscara capaz de sostenerlo, ni siquiera la máscara de la ausencia.-

Los dos hombres se han quedado tan mudos como mi calle. Yo los entiendo, no los culpo en absoluto. Las palabras de la mujer me han lastimado también. Recuperar el objeto es perderlo, superar la tragedia es caer

irremediablemente en el vacío. ¿No habrá en verdad otra respuesta? Si mi mujer vuelve-mi tía dice que lo hará-yo deberé aceptarla, ¿qué otra cosa puedo hacer? Ni siquiera puedo discernir si en realidad deseo que retorne, Y si lo hace, volverá a comenzar todo como una torpe calesita habitada por muñecos sin vida alguna. Una calesita de la que, como un preso alegre, fuga continuamente la felicidad.

Los hombres, en el escenario, han tomado posición. El silencio es enorme. Es seguro que dormí y no me he dado cuenta. Cada vez me pasa más seguido, me acuesto y sin darme cuenta la función se interrumpe por un gran vacío negro. Siento un ruido familiar. Sí, no hay duda, ahora todo está claro, ya he dormido y ese susurro de ropa espesa y negra es el de mi tía levantándose al día. Otra vez se pone en marcha la calesita. Con el típico arrastre de sus pies va hacia el baño. Un simple sí es capaz de desnudar lo más hondo de la tragedia. Un ómnibus se detiene. ¿El último de la noche o el primero de la mañana? Bien sé la respuesta. Conozco perfectamente el ruido de los cacharros gastados que se preparan para el fuego en la cocina.

A los lejos se oyen las campanas de la iglesia. Es obvio que un hombre no debe confiar en las campanas, es más seguro el ruido de mi tía preparando el horrible desayuno en la cocina. Ella misma es real y por eso en cualquier momento vendrá desde la luz mortecina, como un fantasma de ceniza guiado por la penumbra, vendrá y me dirá con voz pretendidamente dulce:

-Son las siete ya-

Y será la guillotina de mi teatro, el fin de otra función y el comienzo de otra; el inevitable encuentro con el mundo mal inventado. ¿Cómo puede una madre ser tan cruel? No me sacrifiques hoy, déjame un momento más con ellos, en esta confusa intimidad de agua y arena.

Otro ómnibus se detiene. No hay duda, pronto serán las siete. La noche ha corrido un nuevo tramo. He dormido sin darme cuenta y una vez más algo comienza sin que tenga yo la más elemental idea, la más mínima respuesta. Otra vez algo deshecho me envuelve a pesar de que estoy con los ojos bien cerrados, hasta dolerlos. Me duelen tanto como esos sonidos lúgubres que como soldados ciegos avanzan desde la cocina. Si mi mujer vuelve la ayudaré a vivir, le diré que no, que hoy no hay función, que hoy el teatro está cerrado, que ya no hay luz posible para este escenario.

Ya viene mi tía desde la cocina, ya la oigo con sus pasos arrastrados con cansancio. Ya viene y no hay salida, este mundo no tiene puerta de emergencia. Solo cabe la alternativa de que yo demore todo, de que escuche sin oír y me niegue a reconocer de quién en verdad son esos pasos que llegan. Existo ahora solo para demorar el momento, el instante en que la mujer tiende su mano hacia el hombre buey de rodillas y dice, tan, pero tan dulce:

-Eres un niño todavía, apenas un niño-

VITRALES

-Perdona nuestros pecados- dice mamá.

-Hijo, arrodíllate como todo el mundo-

-No quiero-

Desde que era pequeño vengo con ella a esta Iglesia. Los curas han pasado sin perdurar en mi memoria mientras he leído un millón de veces las historias dibujadas en los vitrales.

-Sé humilde, hay que arrodillarse-

-Sentarme sí, arrodillarme no-

Soy terco. Dios me castigará por ser terco. Ya me castigó al hacerme así. Mi principal enemigo soy yo mismo. Tengo un cuerpo tan grande que no pasa desapercibido en ninguna parte. El artesano que fabrique mi cajón tendrá que pensar en algo enorme cuando

lo haga, porque de otro modo no va a servir.

-¿Cómo es que te confiesas y no quieres arrodillarte?-

No quiero y no me arrodillo. Estoy en medio de la nave como un señalador. Cristo no vino al mundo por tipos grandes como yo. No hay fe para contener este grotesco. No hay crucifijo que se avenga a este pecho. Todos mis pantalones tienen que ser a la medida del error que soy.

-Ayúdame señor-

Mi padre, que es ateo y no sabe rezar, dice que no cree que haya padrenuestro para esta cabeza. No hay humor que sea capaz de abrir esta boca ni alimento que caliente este vientre.

-Padre, quisiera confesarme-

-Dime, hijo-

-Tengo que elegir entre mi madre y una mujer-

-¿Por qué debes tomar esa elección?-

-Porque así lo siento. ¿Tiene usted madre?-

-Ya está en el cielo hijo-

-¿Habrá lugar para mi en el cielo, padre?-

-Por supuesto que sí-

-¿Y para mis zapatones?-

-¿Qué cosas dices?. El cielo, hijo, es muy grande-

Me gusta ese romano que en el vitral mira hacia arriba, sin burla. Vivo el mundo, padre, como de perfil, sin entender nada. El hombre que hizo ese vitral era un ser especial. El romano mira y parece decir en su mirada: ¿qué es esto? mientras, en otra dimensión, Cristo agoniza, siempre agoniza.

-¿Habrá lugar en el cielo para mi mirada, padre?-

-Claro que sí. Tu mirada es algo extraña, hijo pero piensa que en el cielo caben muchas cosas-

-Hace unos días llevé una mujer a mi casa. Elegí a la más pequeña de todas las mujeres de este lugar, ¿entiende padre?-

-No muy bien-

-A los tipos grandes como yo les gustan las mujeres pequeñas, padre. Un pecador se lo dice sabiendo que no tendrá perdón. La mujer era de veras muy chica y ni ¡ay! dijo cuando yo le entré bien adentro. Parecía tener una bolsa enjabonada allá abajo-

-Creo en tí padre todo poderoso. Arrodillate Ignacio o Dios te castigará con una eternidad sentado en el infierno.-

-Dicen, padre, que esas mujeres, cuanto más pequeñas son, más astutas se tornan, ¿entiende? Y digo yo ¿cómo van a sobrevivir si no son astutas? Tal vez después de tocarme un poco con su mano helada, me hizo meter aquello en una bolsa tibia hasta que yo me sacudí estremeciendo mi cama con mi peso. ¿Pudo haber pasado eso, padre? -

-Me confundes con tus palabras. Reza, Ignacio, reza mucho-

-Pobres, digo yo, ¿cómo van a sobrevivir si no son astutas?-

-Piensa en tí, mejor piensa en tí. Tu madre dice que no quieres arrodillarte en misa, ¿que es eso?-

-Es cierto, padre, soy muy pesado y me duelen mucho después las rodillas. Demoro en pararme con mis piernas entumecidas. Me siento como un barco naufragado al que van a sacar del agua para que muera del todo. Perdone usted, padre, pero no me voy a arrodillar, ¿entiende?

-Está bien por hoy, pero reza mucho, reza, recuerda mi consejo, reza todo el tiempo-

-Es que me olvido de los rezos. Mire esta cabezota, parece que no tuviera lugar para el olvido pero lo tiene-

-Arrodíllate Ignacio-

Ese romano es magnífico, no me canso de mirarlo. Parece decir ¿qué es esto? A qué llagas han caído mis pies?

-Sé más humilde y Dios te ayudará-

Soy muy gandote, y sin embargo quise saltar ese muro. Mi padre le pegaba al perro aquel para que no gritara, pero el perro, indefenso, más lo hacía, así que yo salté ese muro. Del cielo le cayó este hijo de cien kilos largos. Le quebré varios huesos al pobre viejo. Y todo es este cuerpo, padre, este cuerpo que me pesa como si anduviera con un piano en los bolsillos.

Yo llevé la mujer a casa porque debo fornicar, ¿entiende? Mi padre dice que Dios, si de veras existe, los hará volver a todos ustedes si no han probado mujer. Dice que Dios sólo quiere al lado a gente de carne y hueso, los hará volver, dice él, para que fornicuen y luego sí los dejará sentar a su lado, pero recién después del juicio de la fornicación.-

-No blasfemes, hijo. ¡Qué cosas terribles dices!-

Para todos, dice él hay una dosis de placer, incluso para mí que soy tan grandote y no encuentro nunca mi lugar en este mundo. Soy muy pesado, me dijo la mujer,

me duelen un poco las piernas. Pobre, tan diminuta allá abajo. Carne sobre carne. Y sabe, yo pensaba en el romano que está allá y me decía: qué tipo tan especial para hacer un vitral con esa mirada. ¿A qué llagas han caído mis pies?

-Arrodíllate Ignacio, por favor-

No puedo. Entiendo que todos miran mi espalda como si vieran un muro en medio de la Iglesia. Pero no puedo, se me entumecen las piernas y la vieja diabla no entiende.

-Dios te castigará-

Vaya noticia, quisiera reír. El señor ya me ha castigado largamente al darme este cuerpo. Apenas puedo aspirar a ser este rey gordo en medio de un vuelo de almas. Solo puedo estar aquí para recordar la carne. No hay agua padre para lavar estos pies de ejércitos hormigueantes, no la hay por pura que sea.

-¿Y qué buscas llevando mujeres del placer a tu casa?-

-¿Y a dónde voy a ir si solo tengo mi pieza?-

-Reza, reza mucho. Esto te ayudará-

-Me olvido, padre. Sé que resulta difícil de concebir, pero esta enorme cabezota está llena de pasillos vacíos. Sencillamente, me olvido del rezo-

-Si no lo recuerdas, el demonio vendrá a buscarte-
-¿Usted cree eso? Cuán equivocado está. Es seguro que el demonio viene, me mira y se va. Ni el diablo quisiera este cuerpo, este error de Dios. Cuando me muera quiero que me quemen, no quiero dar tanto trabajo a los gusanos, quiero que me quemen para que solo resten unos cuantos chicharrones sucios-

-Hijo mío, por favor, no blasfemes así-

-¿Usted qué haría en mi lugar? Yo quisiera ver qué haría usted en mi lugar. Ni para una fantasía sirvo de grande que soy. Cuado venimos de tarde, como ahora, miro las palomas que del lado de afuera revolotean, acariciando los cristales de colores con su tibia carnicita. Son tan livianas. Mire mis manos, no hay palomas para estas manos. Si las atrapara, parecerían de humo los pobres bichitos.-

-Arrodíllate Ignacio-

-No puedo, madre. Lo haría para que te callaras pero no puedo. ¡Qué castigo señor! Y lo peor es que tal vez Dios no lo ve como un castigo-

-No blasfemes-

-¡Qué castigo, carajo!-

-Eso es peor-

-¿Ve usted? Ni para decir cosas buenas sirve esta lengua que parece un títere de trapo-

-Arrodíllate Ignacio, piensa en los beneficios que te dará el señor-

-Sí, madre, me has ganado, lo voy a hacer para que no me lo pidas más. Dios me ha castigado porque de mí no puedo salirme, no puedo abandonar este cuerpo sin morir.-

-Reza, Ignacio, reza mucho, lo necesitas-

-Padre ¿habrá lugar en el cielo para este olor rancio que sale de mi cuerpo?-

-No digas esas cosas. Ya te lo dije , el cielo es muy grande-

-Pobres los ángeles entonces, tendrán que andar con las narices tapadas-

-No blasfemes, hijo-

-No, padre, de ahora en adelante voy a decir sólo la verdad-

TODAVIA QUEDAN PAJAROS AQUI

La casa tiene forma de ele o ángulo recto. Desde el hall o el living, los dormitorios o la cocina, se puede ver el patio flanqueado por el muro. Durante el día se abren las puertas de la habitaciones y el sol viaja allá arriba mientras aquí la mujeres cocinan o se mecen en sillones de madera soñando con el miedo que a la noche llega cada vez que la niña, de blanco o rosa, viene a jugar a la ronda en el patio de losas asediado por las plantas.

La primera vez se levantó solo la abuela; enorme, con su camisión de vela de buque. Yo la seguí en la oscuridad y la encontré atisbando hacia el patio del que venía el dulce canto infantil. Estaba muy nerviosa.

-Vaya a dormir- me dijo, enojada, conteniendo la voz. Me quedé despierto pero no la oí regresar a su cama.

En la mañana nadie comentó ese suceso. Era claro que lo querían evitar. Las caras y las máscaras decían: no ha ocurrido nada, pero sabíamos que no era así.

El coronel dormía porque había llegado tarde de su trabajo y Mary estaba notoriamente alterada, no era la de todos los días. Creo que era otoño, cuando las ciruelas blancas florecían ganando tiempo al verano.

Por la tarde recorrí el huerto abandonado, descascarado la savia inútil de árboles olvidados. No encontré una sola huella, nada.

Pero a la noche volvió.

Mi madre, desde la plena oscuridad de su cuarto, me habló.

No respondí. Me levanté con gran cuidado y fui hasta el living. El coronel ya había llegado y yo sabía que la abuela estaba despierta, pero nadie más se levantó esa vez. Esperé y al rato comencé a oír el canto de la niña. Sin verla la oía bailar en el patio murmurando palabras incomprensibles. De pronto todo cambió y la oí cantar con voz suave y nítida.

Duérmase mi niña,

duérmase mi sol.

Y se calló. No se oyó más nada, solo alguna hoja cayendo reseca desde el parral, estrellándose en las piedras rojizas. Con temor corrí las cortinas y vi la cosa más horrible de mi vida. Una cara monstruosa me miró unos instantes y luego dijo con la voz de un ahogado:

¿no importa que la niña calle cuando le clavan el

último alfiler?

Dijo eso y desapareció. A duras penas contuve el deseo de gritar. Con la sensación de que mis manos, mi cuerpo, mi cara, todo mi ser era de barro, regresé a mi cama.

Me pareció que Mary, como un fantasma, regresaba a su cuarto. Pero no podría haberlo asegurado.

Al otro día hablaron en la mesa, sin tapujos, sin pudor, era obvio que me consideraban parte inevitable de aquel horrible juego. El abuelo no estaba; tal vez no sabía nada de aquello pero, de todos modos, no lo hubiera podido evitar, se encontraba demasiado ocupado en contemplar su propio derrumbe.

Mary lloraba desconsoladamente.

-Callate- ordenó el coronel, autoritario, lejano, tanto como en esas noches en las que iba tras otras nieblas y no regresaba.

-El niño...-

- Dejalo, entenderá lo que deba entender-

La abuela estaba muda, Mary lloraba con lágrimas y mocos.

-Te hubieras arrepentido antes-dijo el coronel sin dejar de comer. Yo me levanté, quería ir a mi huerto,

quería estar solo.

-Vení-dijo él-las cosas pasan y hay que aceptarlo-

Mi padre, una tierna ausencia, no estaba, era viajero y estaba lejos vendiendo malos productos.

-Ella viene por todos- dije yo, defendiéndome - incluso por mí-

Mi madre me miró con severidad y compasión. Muchos años después esa mirada adquiriría su sentido para mí.

Esa noche el coronel no vino. Era un hombre extraño, con sus ojos vacíos como una habitación en la que se ha dejado vivir solo un propósito. Diferente a Mary, con sus ojos llenos de gente en una avenida. ¿Cómo fue ella capaz de hacer algo así? ¿Cómo dejó que se lo hicieran?.

Mamá, la abuela, Mary y yo nos acostamos a esperar su llegada. Nadie se atrevía a hablar. Todos éramos una tensa espera.

Cuando la oímos cantar, los cuatro nos levantamos, pero sólo la abuela, como un general en medio de un desastre, abrió la puerta y salió al patio. El olor de las flores ennoblecía la huida de las ratas.

-No vengas- gritó la abuela fuera de sí -no vengas-

Nada se oyó. No había ya nada que oír. Sentí una profunda lástima por nosotros cuando regresamos, cada uno a su miedo, al ruego por el perdón. Y recuerdo que cuando la modorra del sueño nos invadía, la voz de mi madre sonó como una súbita campaña.

-Mary, hubiera sido una niña-

-Callate, maldita- dijo la abuela, asustándome al mostrarme un odio del que no la creía capaz.

Después de aquella velada colectiva, pasamos varias noches sin la niña. También la culpa tiene su propia dialéctica, sus secretos códigos, su lámpara de luz negra.

Mary enflaquecía y se secaba por dentro al tiempo que un torrente de lágrimas no cesaba de caer de sus ojos. Una tarde la hallé en el patio. Estaba sentada en una vieja silla y, cuando se puso de pie, unos coágulos de sangre corrieron por sus piernas. En ese instante no lloraba, como si hubiera sido ese el momento preciso de su única muerte.

El temblor por aquella visión me duró varias horas.

-Hay dolores que no se ven- dijo mi madre. Y también para entender eso tuve que esperar muchos años.

Luego de aquello yo no quería verla, por eso ella debió ir por mi hasta el huerto. Su demacrado especto me daba terror.

-¿Te gustan los pájaros?-

-Sí, Mary-

-Te busqué para preguntarte eso. ¿De veras te gustan?-

-Sí, de verdad-

-Cómprame uno en la feria-

-Sí, por supuesto-

La vi alejarse, etérea, destrozaba. ¿Estaba aún entre nosotros?

Recuerdo que puse todo mi empeño para elegir el mejor pájaro y la mejor jaula, la más delicada, la más auténtica. Escogí una jaula de mimbre con un bello trapecio de cordeles blancos. Adentro había un canario de tono rosado.

-Espero, Mary, que no sea triste- No sé si se lo dije o fue un ruego.

Afortunadamente no fue triste. Cantaba con gran alegría y puso una nota distinta en la casa, aunque no fue ese el efecto buscado por Mary. Con el paso de los días comprendimos que, desde la llegada del pájaro, no solo la niña no había regresado, sino que ya no se oía el bello y horrible canto desde el patio. Y entonces una mentirosa paz se instaló en la casa. Y tal vez por eso, por

mentirosa, Mary no pudo soportarlo.

Una tarde estábamos en el patio los cuatro. Hablábamos bajo porque el coronel había retornado tarde de una de sus guardias.

-Ella está ahí- dijo Mary, muy lejana -Lo que no fue persiste en nosotros-

Mamá, la abuela y yo nos quedamos muy callados, contenidos. La vimos ponerse de pie, la miramos cuando sin una duda en el gesto abrió la puerta de la jaula, como acariciando el suave cuerpo de una niña de cristal.

El pájaro estuvo con nosotros un buen rato todavía, picoteando el alpiste, escribiendo sutiles palabras con los ágiles movimientos de su cabeza. Después, de un vuelo rápido como un manotazo, se fue; se entreparó en un helecho y desapareció.

En la noche, oí nítido el canto de la niña.

Cuando fui a levantarme, vi a Mary como un espectro a los pies de mi cama.

-No vayas- me dijo, siempre suave, siempre destruida. Estaba delgadísima en su viejo camisón celeste destinado a una boda imposible.

-Lo que no fue se nos aparece- dijo, casi canturreando, camino a su horrible pesadilla. Fue la última vez que

la vi en casa.

Cuando se la llevaron al hospital ya era otra, completamente otra. Mi padre había vuelto y escuché la charla en la que reprochaba a mi madre mi participación en todo aquello. No le hice el menor caso. A pesar de su oposición iba a visitarla, y no sólo eso, logré a fuerza de rogar que dejaran la jaula abierta en el patio. No creían en aquel secreto código, pero yo sí. Me servía además para comunicarme todavía con Mary. Renovaba cada día el alpiste y le contaba que lo había hecho. Lo hacía para ver si alguna luz volvía a nacer en sus ojos muertos por el llanto. Le hablaba de los atareados gorrones o los raros cardenales; le hablaba aunque ella no reaccionaba. Y aunque cumplí con mi acción, creo que nunca logré el objetivo verdadero. Mis palabras eran corazones tibios en el horrible frío del hospital, y la palabra pájaro una luz asesinada por un furioso.

De todos modos lo que le decía era verdad porque los pájaros siguieron viniendo, aunque no creo que hoy haya llegado alguno.

Hoy estuvimos en la casa velatoria de mañana y por la tarde fuimos al entierro. Llovió y el agua se llevó los granos de la jaula y los pocos excrementos que los pájaros dejan cuando se atreven a venir.

Hoy nadie ha renovado el alpiste, así que esta noche la niña va a venir. Volverá con su cara de muñeca deshecha y cantará dulcemente en el patio:

¿no importa que la niña calle

cuando le clavan el último alfiler?

Mary ya se ha escapado, no está para oírla, por lo que solo yo me levantaré a mirarla, casi acostumbrado a esta culpa que me obliga y me dicta palabras que no van a lavar las manos de la abuela, del coronel, de cada uno de nosotros.

Ellos fingen que duermen, pero lo saben todo. Saben lo esencial de mi función y por eso, bajo excusa de falso consuelo, han dejado intocada la jaula en el patio.

Y por suerte todavía quedan pájaros aquí para evitar que la niña nos invada y nos destruya. Pero cuando no vengan no sé qué vamos a hacer.

O qué hará ella.

HAZ LO QUE TU QUIERAS

Y correspondiendo a Roma la irresponsabilidad de dudar el ingreso del extranjero a la ciudadanía. El procedimiento es demasiado simple. Se debe recibir en un papel una petición, se la entregaba al funcionario y, en el acto, desde el ingreso a no de la ciudad. Algunos eran rechazados y sin hacer promesas de ninguna clase eran rechazados y sin hacer promesas de ninguna clase.

¿no importa que la niña calle

cuando le clavan el último alfiler?

Mary ya se ha escapado, no está para oír, por lo que solo voy me levantaré a mirarla, casi acostumbrado a esta culpa que me oprime y me dicta palabras que no van a lavar las manos de la súplica, del coronel, de cada uno de nosotros.

Ellos fingien que duermen, pero lo saben todo. Sabe lo esencial de mi función y por eso, bajo excusa de falso consuelo, han dejado intocada la jaula en el patio.

Y por suerte todavía quedan pájaros aquí para evitar que la niña nos invada y nos destruya. Pero cuando no vengan no sé qué vamos a hacer.

O que hará ella

EL MITO

¿La mujer que más amé en mi vida? Claro que la recuerdo; creo que todo el mundo lo recuerda, sólo que algunos nunca se atreverán a pronunciar la palabra capaz de arrancar la máscara.

Se llamaba Rose o Rosa y tuvo hasta su muerte un trabajo muy especial. Nuestro pueblo, pequeño, recibía a innumerables turistas atraídos por la fama de una taberna muy especial. Alcanza con decir que en su frontispicio se leía en grandes letras:

HAZ LO QUE TU QUIERAS

Y correspondía a Rose la responsabilidad de decidir el ingreso del aspirante a parroquiano. El mecanismo era extremadamente simple. Se debía escribir en un papel una palabra, se la entregaba a Rosa que leía y, en el acto, decidía del ingreso o no de la persona. Algunos eran rechazados y sin hacer problemas se retiraban, otros eran aceptados y vivían, supongo, una experiencia

inolvidable. La gente del pueblo manifestaba un moderado interés por la taberna, pero yo intenté ingresar muchas veces, no por una confusa promesa, sino por estar enamorado de Rose.

Una vez elegí un nombre mitológico y fui rechazado. Yo la amaba, estaba extasiado con sus formas robustas bajo la más fina seda del mundo. Para mí se vestía con el atuendo del amor. Pero el juego no era tan simple. Sonrió al negarme y me tomé de esa sonrisa para regresar.

La segunda vez escribí un sustantivo deliberadamente genérico y fue más indulgente con su sonrisa de hada.

-Te amo a tí-le dije. Ella me miró. Revisó sus papeles para ocultar sus ojos.

-¿Qué es lo que nunca crece ni nunca madura?-

-No sé, dímelo tú-

-Cuando lo averigües, regresa-

No me gustan las respuestas fáciles, menos las deseo al recordar mi relación con Rose. Así que simplemente debo confesar que no tenía la más mínima idea cuando regresé la tercera vez. Tal vez habían pasado años, no lo sé, el tiempo es algo en verdad muy extraño.

Elegí una palabra triste, la más triste para mí, ¿quién

no tiene una palabra de esas en su vida? No hace falta ser poeta ni nada de eso. Recuerdo que la tomó en sus manos de seda, la leyó, y tal vez una nube oscura pasó por sus ojos, ¿cómo saberlo? La negativa me dolió profundamente y ella lo percibió.

-¿Tan mal te ha ido en la vida?- me dijo con voz dulce.

-No, no es eso- No sé de dónde pero de algún lado obtuve el valor para rogarle - Ven a almorzar conmigo mañana al parque-

-¿Qué quieres?-

-Que me digas el secreto-

-¿Y si no lo sé?-

-Por favor-

Lo dije con el fervor de un rezo pronunciado por un fanático.

-Ven por mí mañana-

Como los actos más trascendentes para la vida de un hombre no tienen definición, me limito a decir que al otro día estuve frente a su casa con un pequeño y hermoso carruaje tirado por dos caballos blancos. Nos instalamos bajo un árbol del parque a almorzar. Yo estaba con mi dama de blanco y capelina y me sentía bien. ¿Feliz? No

sé lo que es eso, pero sé que estaba bien.

-Te amo- le dije.

-No seas tonto- exclamó ella. muy dulce, etremadamente lejana.

No sentia deseos de tocarla, de besarla o recorrerla con mis manos. Era otra cosa. Algunas parejas y familias caminaban por los senderos pero yo estaba enteramente en otra cosa. Mi ser era la atención hacia ella.

-¿Jugamos?

-¿A qué?- preguntó ella.

-A las palabras-

-Quieres hacerme trabajar-

Yo sonreí. A lo lejos provocaba el hermoso río, límite oeste del parque, y recordé sin querer los versos de Tomás: "el río está en nuestro interior, el mar nos cerca por todos lados". Pero no fue eso lo que le propuse.

-Espejo- dije yo.

-Camino- dijo ella, contenta.

-Hombre-

-¿Es el hombre un espejo que se pasea por el

camino?-

Al preguntar se sonrojó como si hubiera dicho una frase pícaro. Yo tuve una reacción algo distinta, como si una sombra hubiera abrazado mis hombros sin aviso.

-¿Es el camino un espejo que se pasea por el hombre?-

Lo grité y corrí por el sendero. Un pájaro cantó a lo lejos. El ocaso rojizo sobre el río era bellissimo. Corrí como un joven gustando en mi pensamiento la pregunta.

Cuando regresé estaba en el mismo lugar y lloraba.

-Rosa, por favor, ¿qué ocurre?-

-Nada, nada-

-¿Por qué estás llorando?-

-Es muy bello lo que dijiste, por un momento me sentí libre, como si en verdad pudiera existir algo más allá de las palabras-

La tarde había volado y Rosa tenía que regresar. Lo hicimos en silencio. No sé ella, pero yo iba mirando los caballos, el camino, las casas lejanas, el río y quería quitarle a todo sus nombres para sentirme un mago. Pero fue inútil.

La dejé en su casa y, cuando ascendía hacia el porche, quise hablarle. Me detuvo poniendo un dedo en

sus labios. Estaba hermosísima.

-¿Cuál es el desierto eternamente poblado como una pradera?-

-Oh, Rose, ¿por qué?-

Pero ella solo desapareció tras su puerta. Corrí y con los labios casi tocando la madera le grité:

-¿Y la taberna?-

-Es una ilusión - susurró ella del otro lado.

Y ahora era yo el que lloraba.

Después de aquel día no había vuelto a verla. Habían pasado, quizá, esos vacíos que por torpe comodidad llamados años, cuando una mañana una joven vestida en forma muy similar a Rose entró en mi jardín. Ella estaba en su lecho de muerte y quería verme. Prometí que iría como finalmente lo hice.

Muchas veces las acciones de los hombres semejan exteriormente actos generosos cuando, en realidad, son gestos interesados. Mi visita a su lecho de muerte ¿fue interesada?. Durante años había tenido una pesadilla repetida varias veces, lo que excluía la chance de la casualidad. Soñaba que vivía en una inmensa casa rodeada por un desierto, era una construcción enclavada en un vacío de arena. Ahí tenía todo, como seguramente lo tengo, pero no podía salir de ella. La casa

crecía sin que yo lo supiera, pero también crecía el desierto. Al rato de estar ahí aparecía Rosa, sobre una duna, en un más que fugaz sendero casi invisible. Recuerdo que la llamaba pero no obtenía respuesta alguna, y lo más dramático era la sensación de angustia al querer salir al desierto. Quería salir pero no podía y ese impedimento era el centro del cuento. Al final, antes de despertar, en una fracción de segundo, tenía una visión fugaz de la construcción, muy parecida a la taberna, fabricada tal vez con palabras.

Fui al lecho de muerte de Rose porque la amaba y porque solo ella podía darme una pista para interpretar este sueño.

La encontré pálida y hermosísima. tuvo fuerzas como para sonreír al verme. Si hubiese debido escribir esto solo por ese gesto lo hubiera hecho gustoso.

-Te tengo una sorpresa-

-¿Qué es?- pregunté, sin poder evitar la combinación de amor e interés propia del ser humano.

-Alcázame eso- Señaló un grueso volumen de tapas de cuero. Cuando lo tomé me pareció pesadísimo.

-Abrelo- Lo hice y casi caigo al suelo al ver lo que era. No se trataba de un libro, era en verdad una caja con forma de libro y, en su interior, contenía una infinidad de pequeños papeles con palabras escritas.

-Debí dejarlo- dijo Rose - Lo robé para tí- A duras penas podía yo contener la lágrimas.

-Oh, Rosa, no puedo soportar este peso-

-Es difícil en verdad, pero ahí tienes infinidad de anhelos, de deseos, de sueños, acaso de razonamientos. Cuánto podrías hacer con eso, si quisieras-

-No sin tí, no sin tí Rose- caí de rodillas, llorando. Tomé sus manos, cubrí con ellas mis ojos -No sin tí, tú eres mi razón , tú me ordenas el mundo-

Rose no contestó; suspiró largamente. Los dos sabíamos que el final era inminente. Entonces ella retiró sus manos, acarició mi rostro.

-Dime, Rosa, por favor, dime, ¿ qué palabra hubieras elegido tú?- De algún lado sacó fuerzas para sonreír.

-No te cansas nunca-

-Dímela-

-No me amaste a mí, amaste lo que yo nombro-

-Por favor- supliqué. Ella hizo un gesto con su mano, suave, límpido.

Fue apenas un susurro.

-Oh, Rose- exclamé.

Pero ya era tarde.

LA INORGANICA DESCOMPOSICION DEL SEÑOR DEL RIO

-Muchacho...muchacho, ven acá-

-¿Qué pasa abuelo?-

-Ven conmigo. Vamos a dormir la siesta sobre este mosaico que es el lugar más fresco de la casa. ¿Sabías que este es el lugar más fresco aquí? El único que queda para mí-

-Sí, lo sabía-

-Vamos a charlar y veras cómo las mujeres nos ordenan callar-

-Está bien-

-A ver, ¿de dónde vinimos nosotros?-

-De Italia-

-Muy bien, tu memoria anda bien-

-Está fresco aquí, de veras hace mucho calor-

-Sí, es verdad. Cuando yo llegué a este país era mucho menor que tú, un niño apenas. ¿No te he contado eso ya?-

-Creo que sí, pero no importa-

-Estuvimos un tiempo en la capital con tus abuelos, en la ciudad de los mil bares. Después vinimos acá, no había lugar allá para nosotros. Aprendí el oficio de tu abuelo, la herrería. Ya era herrero cuando tenía tu edad. ¿Conoces lo que es una fragua?-

-No, abuelo-

-Uno se sentía en ella muchas veces como un dios forjando el hierro para las construcciones ajenas. Yo me cansé de que fueran ajenas y me largué por cuenta propia. Era muy difícil. Me han dicho que has estado enfermo y yo pienso que no será de tu voluntad, de tu querer, ¿es así?-

-No entiendo bien-

-Ya lo harás. Te contaré para que comiences a entender. En aquel tiempo vivía un tío mío, un hermano de tu abuelo. recuerdo que me decía."lavora, lavora, risparmi y assí potrai essere indipendente". Pero yo,

sabes, ya sabía por instinto que lavorare stanca, así que busqué mi propio destino. Un hombre debe buscar su propio destino, aquel que no se traiciona. En aquella época hacían libros para registrar sus progresos. Había gente que pagaba para figurar, a otros no nos preguntaron, no éramos nada todavía. Recuerdo cuando conocía a tu abuela, yo estaba trabajando en mi taller. Era una hermosa joven distante, toda de blanco, tan rebelde a mis ojos como ese río sucio que corre ahí atrás. Yo progresaba cuando la conocí. Ya no trabajaba en el taller y había logrado mi parte en el astillero. ¿Has recorrido la zona ultimamente?-

-No, abuelo-

-Haces mal, uno tiene que conocer lo propio para saber a dónde va. Pero entiendo, no siempre es fácil y soportable mirar lo propio. Yo sí que sabía bien dónde estaba parado. Por el río venían y se iban las barcasas con sus productos en el tiempo en que yo compré a tu abuela. Primero averiguaron mi fortuna para dar el sí ¿entiendes?-

-Nunca me habías dicho eso-

-Cállense y duerman-

-¿Oyes? Te lo dije, ya empiezan. Quieren guardar toda la porquería del pasado. No las oigas. ¿Has estado ya en el huerto?-

-Ayer por la tarde. Está muy deteriorado. Es una

lástima abuelo.-

-Tú no conoces el secreto, las corrientes subterráneas. Ya lo aprenderás y cuando lo hagas perderás toda alegría posible-

-Deja tranquilo al muchacho, viejo-

-Esa es Ella, la guardadora del secreto, una pobre diosa enferma-

-No entiendo, abuelo. A veces me confundes y me asustas-

-Tú no eras nacido todavía cuando el río vino. ¿Has visto alguna vez crecer un río? Yo tampoco lo sabía, pero lo aprendí, lo tuve que aprender. Recuerdo que cuando comenzó me acuclillé y oí el rumor sordo del agua viniendo incontenible hacia nosotros. Ahí fue el comienzo de nuestro fin, un torrente cambiaba todo y nosotros no nos dimos cuenta. Cuando tú naciste te llevé en mis brazos al esqueleto de un viejo barco destruido. ¿No sabías eso?-

-No, abuelo-

-¿Qué dice el papel que te dio tu hermana Rose?-

-Parece un poema...-

-¿Un qué?-

-Un poema-

-Léelo

-Dice: "yo no sé mucho de dioses es verdad, pero el río es un adusto dios pardo, envilecido como un viajante de comercio..."-

-Basta, no leas más. Maldita bruja, ella ha entendido bien y dabe cómo torturarnos. Al final de cada camino solo espera para herirme-

-Deja al muchacho ya, viejo, déjalo. Duerman que esta tarde iremos de paseo. El día es hermoso. Debemos alegrarnos. Sigue nuestro consejo-

-Bah, no las oigas. Como te decía, recuerdo que cuando tu tío se hizo militar vino a verme. Quería sorprenderme, quería hacerme creer que se había encontrado. Vaya un idiota. Yo estaba en el vientre de un viejo barco. El río se había ido y nosotros ya habíamos perdido mucho. La herrería no era nuestra hacía tiempo, el astillero se había fundido y sólo nos quedaba la distribución de la fruta y ya casi ni era eso nuestro. Tu otro tío, José, luchaba con todo pero eso no lo salvó. Dicen que lo mató el protector de una loca del bajo, otros dicen que se ahogó, pero yo sé que hay otros susurros aquí, otras palabras como ecos oscuros-

-Vamos, viejo del diablo, no abras esos baúles en presencia del muchacho. No tientes tu suerte. Tus

espaldas no soportarán el peso de tu propia historia-

-¿No quieres dormir abuelo?-

-No temas, no te asustes, son solo voces. Yo te hablaré más bajo. Tu tío vino vestido de soldado a darme la alegría. creo que no había entendido nada o tal vez lo había entendido todo y sólo quería abandonarnos. ¿Quién no tiene en su pasado esas reversibles miradas? "Estoy feliz, papá", me dijo, "¿Que opinas?". No le dije nada. Estaba ahí, muy delgado en su uniforme nuevo, con la gorra en las manos, quería mi aprobación pero yo me di cuenta que ya no era de nosotros y no dije nada. Tu tío es raro, debes cuidarte. ¿me oyes?, debes cuidarte de su ambición. Míralo esta tarde cuando regrese, tiene nubes oscuras en sus ojos, nieblas que anuncian tragedia. Cuando trajeron el cadáver de José en el cajón lacrado, tu abuela lloró mucho, primero lo maldijo y después lloró. Tu tío José, nos dijeron, había estado muchos días por el fondo del río, bebiendo de esas esmeraldas que sólo están reservadas para los peces y los secretos del agua. Tu abuela lo maldijo como si él, muerto, también hubiera sido culpable del cajón lacrado. No era justo y, como se lo hice notar, me culpó a mí. Tu otro tío ya tenía un grado alto, ya era coronel o algo así. Y ascendía.-

-Nunca me dijiste eso, abuelo, casi te diría que no entiendo lo que dices. Es como si me estuvieras hablando de otras personas-

-Es posible. No soy hombre de libros como tú y lo

sabes, pero creo que es importante la pregunta acerca de dónde se genera una historia. De todos modos, dejemos eso. ¿No crees que Ella era injusta al culparme de todo? Como hombre la hice feliz, la llevaba al huerto cuando maduraban las ciruelas y la amaba profunda y sinceramente. Pero ella estaba seca como una fruta perdida. ¿Has sentido alguna vez el olor que deja una creciente?-

-No, abuelo-

-Deberías hacerlo a la primera oportunidad, es parte de la herencia que te dejamos-

-Viejo loco, es malo lo que haces con el muchacho-

-A los jóvenes hay que decirles la verdad. Huele el río después de la destrucción a pescado podrido, a miles de pescados frescos pudriéndose al sol. Tu padre era viajante y logró atrapar a tu madre. Tu padre siempre fue un inútil y yo no lo quería, no es uno de nosotros, nunca entenderá a la familia como nosotros. Mi abuelo decía que solo los lazos de sangre son eternos y creo que tenía razón. Por eso tu tío, cuando no teníamos ya casi nada, se hizo militar para descargar su odio contra nosotros. Se hizo con el tiempo de un poder extraño. "A pesar de tí voy a triunfar", me dijo un día. Y tal vez es cierto, tal vez todo empezó así. ¿Cómo aprender a reír después de eso?. Pero dime, ¿es cierto lo que dice la radio?-

-¿Qué cosa abuelo?-

-Que le van a meter al río una lombriz de cemento en sus entrañas para arrancarle su energía-

-No sé, dice papá que muchas veces hablaron ya de eso. Puede ser cierto esta vez-

-Tu padre no sabe nada, pero te apuesto a que si lo hacen, tu tío se pondrá de pie sobre el cemento para gritar su poder como un animal en celo. Siempre fue así. Tus hermanas solían jugar en el patio pero, cuando él llegaba, se quedaban quietas como momias, así de miedo le tuvieron siempre. Más que a Ella y eso que Ella es terrible, como una tierra enferma.-

-Basta viejo, hace rato has sobrepasado los límites-

-Abuelo, ¿la quieres a mamá?-

-Bah, deja a esa inútil. No es que no la quiera pero las cosas deben ser dichas como son. Hay que despojar a los seres del barro con el que se cubren, ese es el precio por la verdad. Fíjate, te tuvo a tí porque le dolía la cabeza. ¿Qué madre tiene a un hijo para sacarse de encima un dolor de cabeza? Pero deja eso. Prefiero pensar ahora que tal vez me hubiera gustado que tú hubieras vivido cuando yo llegué aquí. Hice ricos a muchos que iban a ser miserables. A ellos el río los perdonó, a nosotros no, ¿cuál es ahí el sentido? ¿Cuáles son las verdaderas reglas? Esta tarde nos escaparemos juntos para ir a la tumba de José. Veras qué nieblas salen de ese mausoleo que hicimos cuando eramos

ricos. Una vez te llevé al galpón en ruinas y me preguntaste si éramos pobres, creo que estabas con miedo. Me gustó, me pareció que querías ver la verdad, pero ahora me han dicho que has estado enfermo de algo que tiene un extraño nombre. ¿Es verdad?-

-Sí, abuelo-

-Es una pena si es de la voluntad, eso es lo que me importa por lo que creo que hemos logrado hacer de tí, a pesar de todo.

-Qué cruel eres, viejo. ¿Por qué muestras al muchacho tu hiel enferma?-

-Tonterías, tu abuela está enferma y tal vez muera antes que yo y me dará trabajo estar en su velatorio y en su entierro. ¿Estuviste en el entierro de José?-

-Sí, abuelo-

-No me mientas, no me gusta-

-Estuve, abuelo-

-Entonces estás en el camino. Oye, ¿qué más dice el papel que te dio Rose?-

-No quiero leerlo ahora-

-No seas torpe. Habla de nosotros. Léelo-

-No quiero abuelo-

-¿Ves? Es tu voluntad la que flaquea. Pensé que algún día te atreverías a cosechar todo esto pero me equivoqué. Eres igual a tu padre, un hombre débil temeroso de la verdad. ¿Quieres dormir?-

-No abuelo, no ahora. Viene del huerto un hermoso olor a frutas-

-No es cierto. Tú me compruebas que hoy ya nada vale la voluntad de un hombre. Pero yo sí; sé bien, por ejemplo, cómo moriré, nadie puede quitarte por nada esa decisión, recuerda siempre eso. Tú pronto deberás irte pero al regreso, no lo olvides, ve a la casa de Mary, esa que ocupamos cuando el río crece. Ve ahí y revisa en el altillo. Antes de morir voy a dejarte un sobre con fotos. Si sabes leer en ellas podrás encontrar pistas sobre todo esto y tu propio destino. No lo olvides, te corresponderá preservar parte de la memoria y esas fotos te ayudarán. Escucha, ¿de veras no quieres leer el papel que te dio Rose?-

-Te lo leeré: "no sé mucho de dioses, es verdad, pero creo que el río es un fuerte dios pardo-adusto, indómito, intratable, paciente hasta cierto punto, reconocido al principio como frontera; útil, indigno de confianza como un viajante de comercio; sólo, pues, un problema que se opone al constructor de puentes. Una vez resuelto el problema, el pardo dios es casi olvidado por los moradores de las ciudades, siempre, sin embargo, implacable,

conservando sus épocas y sus iras, destructor, recordando lo que los hombres prefieren olvidar. Despreciado, desfavorecido por los adoradores de la máquina, pero esperando, vigilando y esperando. Su ritmo estaba presente en la alcoba del niño, en el lozano ailanto del cercado abrialeño, en el aroma de uvas sobre la mesa de otoño, y en el círculo vespertino de la luz de gas del invierno. El río está en nuestro interior, el mar nos cerca por todos lados".

-¡Oh, dios!...¡Oh, dios! ¿Quién te dio eso? No fue Rose-

-Fue Mary, abuelo.

-Maldita bruja, lo sabía. Rose es gorda y se casará con algún hombre torpe y próspero. Tendrá varios hijos, inútiles, seguramente, unos alegres topitos espirituales. Pero Mary es otra cosa. Tu hermana Mary es inteligente y es perversa. Llévate ese papel a tu innecesario hospital y guárdalo muy bien. Ahí está todo lo nuestro-

-Lo voy a guardar, abuelo, aunque no entiendo bien lo que dices-

-Cuando tú vuelvas yo ya no estaré, pero ve a esa casa y une las fotos a ese papel. Tu tía Mary te aguardará, ella sabe muy bien cómo es el juego. Maldita, si hay dios y ella va al cielo, la pondrán con un arpa a inventar palabras. Si José hubiera leído ese papel, no se hubiera dejado asesinar-

-¿Qué dices, abuelo?-

-Calla viejo, no destruyas, no desprecies el alcance de tu error-

-Ese sí es buen consejo. ¿Oyes? Alguien viene. A esta ahora solo puede ser El. Ahora sí creo que nos conviene callar. De todos modos, estamos cercados desde siempre, tú también lo estarás, sólo quiero que encuentres la mejor manera de decirlo y que puedas decirlo. ¿Oyes?-

-Sí, abuelo. Alguien ha entrado, pero no viene hacia aquí-

-No, parece que me equivoqué. Es tu abuela que va a su cuarto. Vuelve como el río lo hará, pero yo ya no lo veré, elegiré no verlo-

-No digas eso, abuelo-

-Sí lo digo, al menos no podrás recordarme como un mentiroso. Cómo jiede esa vieja maldita, nunca pudo quitarse de encima ese espeso olor a pescado podrido-

.....-

-Abuelo...abuelo...¿te has dormido?-

-No, todavía estoy aquí-

-Quiero preguntarte una cosa y no quiero que me retes-

-Pero qué dices, estoy contento de que estés aquí-

-¿Crees que vale la pena vivir? No me mientas-

-De veras no lo sé. Si todo es verdad, entonces ¿qué hacer? ¿Volveremos siempre con la piedra al mismo lugar? ¿Oyes?-

-Sí, abuelo-

-Ahora sí es él, ahora no tenemos que preguntarnos porque sabemos que hay alguien ahí. Y sabemos quién es de verdad. El mató a José y yo me pregunto si la gloria justifica el crimen-

-No entiendo, abuelo, me asustas-

-Calla, es mejor que callemos ahora, porque nunca sabremos a quién elegirá la próxima vez-

-Pero que dices, estoy contento de que estés aquí.

-¿Crees que vale la pena vivir? No me mientas.

-De verdad no lo sé. Si todo es verdad, entonces ¿qué hacer? ¿Volvernos siempre con la piedra en la mano? ¿O qué?

-Si abuelo-

-Ahora si es el ahora no tenemos que preguntarnos porque sabemos que hay alguien ahí. Y sabemos quien es de verdad. El mató a José y yo me pregunto si la gloria justifica el crimen.

-No en el fondo, abuelo, me asustas.

-Calla, es mejor que calles ahora, porque nunca sabemos a quien elige la próxima vez.

BREVE TRATADO DE SEMIOTICA CINESICA

¡Ah, Chonita...así sí...qué lindo! Siempre me gusta esto: vos ahí y yo aquí, moviéndonos de esta manera...así Chona mía, puro movimiento con vos, lo máximo como dice el imbécil de tu hijo...y si vos supieras en lo que yo pienso mientras hacemos esto, no lo podrías creer aunque compartirías mi estrategia para demorarlo. ¿Quién no va a querer que algo así dure ¿Quién? Me acuerdo, qué increíble, me acuerdo de una maestra que tuve creo que en tercero de la escuela; era grande y gorda, rubia, horrible de cara y más terrible de carácter; si pudiera hacerte ver ahora los gestos que hacía cuando entraba en la clase, pero mejor no, es mejor que no los veas, no quiero por nada que te vayas a enfriar porque si te enfriás yo también me enfrió y no puedo...¡ay, Chonita!... despacio...un poquito más a la derecha, con cuidado, suave como vos sabes, mirá que duele todavía y yo quiero que vos sepas que te espero todo el día y quiero que cada vez demore más, un poquito más, así, va mejor, así mi amor, un poco más a la derecha, no tengo palabras para decirte lo que siento cuando tu cielo me

comienza a invadir, mi amor. Tendrías que ver a la gorda de mi maestra, el negro y el blanco con vos, sería comparar vuelo de buitres con tu aleteo de ruiseñor. La gorda entraba, rubia, que son las peores gordas, pavoneando su enorme cola blanca de túnica, una cola toda disciplina, al revés de la tuya, Chonita, pura libertad moviéndose libre como ahora, y después que entraba al salón, dejaba sus cosas en el pupitre, nos miraba con lástima y sin fallar un día se iba hasta una vitrina que había en el fondo, una de esas vitrinas con mucho vidrio como hay en las escuelas, y entonces sacaba unos enormes caramelos de menta y muy lentamente les quitaba el envoltorio. ¿Te imaginás aquello? Cuarenta pares de ojos mirando los dedos regordetes desenvolviendo el caramelo, liberándolo para aquella boca grande y pastosa, nada que ver esos movimientos con los tuyos, con estas patrullas de giros amorosos que vos me enseñaste a ver, aunque ahora, Chonita, te pido que tengas cuidado, me duele un poco todavía... suave mi amor, un poquito más a la derecha, ¿no viste que la cosa está como torcida hacia la izquierda? Las cosas de la vida y el cuerpo Chonita mía. Me acuerdo que la gorda, primero gorda y después maestra, chupaba melosa los caramelos y a mí un montón de saliva me llenaba la boca mientras abría su portafolios negro del que nacía ese silencio, su portafolios, Chona, paría el silencio, porque nada, nada se movía salvo sus ojos de aguilucho y sus labios grandes chupando el caramelo que yo deseaba y deseaba como nada en el mundo a esa hora. Ella quería que todo girara sobre ella, no como nosotros mi amor que nos compartimos los paisajes del cuerpo, el lado y

el no lado, como cuando te desnudas a los pies de la cama que al terminar esto ya no son pies ni cabeza, solo un todo que gira lento como verán los ángeles girar las nubes allá arriba. Entonces, una vez hecho eso... ¡ay, mi amor, no te apoyes así! Despacio, es más lindo cuanto más despacio se hace. Entonces, te decía, la gorda nos miraba uno por uno como un búho ante una sorprendida colonia de ratones. Nosotros, sabedores del ritmo de todo aquello, nos poníamos a sacar las cosas de las carteras suavemente, como operando mariposas, Chonita, así como estamos ahora, ahora sí mi amor, ¡qué lindo! con decirte que ya casi ni me duele. Qué dulzura esto mi negra, nada que ver con la gorda de nalgas amplias de mi maestra abriendo una libreta enorme, mucho más grande que la de cualquier almacenero, levantando la mano exageradamente y llamando a un o una desgraciada tocado ese día por la dura varita de aquella hada vestida de blanco y de movimientos negros. Un poquito más a la izquierda, Chonita, así, así está bien, qué grande y qué suave tu espalda, un valle que sostiene invisible las dos colinitas de tus pechos, qué hermoso. Nada que ver con la mirada requerido que, resignado a su suerte, bajaba los ojos como pidiendo perdón a la patria y marchaba hacia el negrísimo pizarrón vacío solo habitado por la siniestra mirada de la gorda. Ay, mi amor, quedate un poquito quieta, hacé como yo, pensá en algo para que este rocío divino nos moje más, mucho más todavía Chonita, no me culpes, es una buena técnica, pero vos, claro...ay, despacio...vos no podés, tenés el cuerpo ligero como un ser que quiere y quiere hablar a cada rato. No como la

gorda, mi vida, que se quedaba en silencio intimidando al desdichado que podía ser yo, aunque hoy no me pienso yo siendo niño, ¿viste lo bravo que es pensarse niño cuando ya no lo sos? No quiero ahora que estamos así mi amor hacer ese esfuerzo. Mejor elijo a un compañero llamado Inocencio, nombre impecablemente puesto porque Inocencio tenía una cara toda tirada hacia abajo, como si al nacer le hubieran pasado una esponja por el rostro, ¡lo que puede Chona un movimiento y una palabra! Marcan a un tipo para toda la vida. Ay, mi vida, qué hermoso perfume el tuyo, no te rías, es exquisito, y no me empujes mucho hacia ese lado que me duele, como a Inocencio en el pizarrón, mirando hacia abajo que era el único lado al que podía mirar, y la gorda, aprovechada, le pedía que anotara unos números y después, mi amor, no sé cómo contar eso, por suerte sólo tengo que pensarlo, después negrita llegaba la terrible palabra; ¡divida! y entonces Inocencio miraba el abajo del abajo, tiraba toda su mirada de oveja hacia ese punto invisible en el que un ser resigna su voluntad. Pedía clemencia Chonita, todos la pedíamos, pero sólo Inocencio lo decía, sin hablar, con esa expresividad de camero asustado que tenía. ¡Clemencia! decían sus ojos. ¡Piedad! reclamaba su mirada, pero no la había Chonita, no la había, y yo te la pido ahora, ¡piedad mi vida! qué dulzura mi amor, ¿alguien puede elegir no morir de esta angustia que incendia, para florecer, colores más lindos que los de tus plantas? Nada mi vida, nada es como tu remolino de idas y venidas como luchadores prontos al choque final. Tan lejos eso del pobre Inocencio, esperando hasta que, tac, tac, el

borrador arriba de su cabeza, y antes la mirada de la gorda de falsa cola blanca, una mirada que iba, suave, de un lado a otro del salón, diciendo: burros, burros, burros, y nosotros todos reclamando el abajo de Inocencio como único auxilio posible; ese abajo tan distinto al tuyo lleno de alegría y gemidos, a veces grititos que piden de los labios giros rápidos como ahora Chonita, ahora sí, dale ahora un poquito más rápido, saquemos los dos nuestro ser más húmedo como un hombre sediento o furioso puede sacar agua de un pozo bien profundo, mi vida, bien hondo como vos que no tenés fin en este momento en que corrés por ese césped que siempre de algún modo, tiene algo de prohibido. Ahora sí mi vida, vamos más rápido, no tenemos retorno, aunque, no te lo quiero decir, no quiero, pero me duele, ¿Cómo iba a saber que subir al techo me iba a costar una pierna quebrada? Yo nunca me había quebrado una pierna, y mirá que duele, y sobre todo, me pica Chonita, ay mi amor, cómo me pica ahora, y el médico me dijo, ese que vos no te lo bancás me dijo, "que tu mujer te rasque la pata con una aguja de tejer", y a vos te dio gracia, primero, pero después te rompía los cocos, como ahora te rompe, ahora que estás corriendo y no como Inocencio que volvía a su banco como un general regresa a su pueblo después de una derrota o como se saluda lento en un velorio. Te miro el pelo, te siento en mí, mojándome todo, no seco como los ojos de la gorda cuando se sentaba a buscar en la lista el nombre de otro condenado al pizarrón-patíbulo, donde se supone que uno tiene que aprender los movimientos de la vida pero, en realidad, te enseñan que cuando pisás el césped o

hacés un movimiento no permitido, te cae encima la mirada de la censura tan parecida a la de aquella gorda que tenía un chochón de cola que vaya a saber uno cómo lo movería cuando estaba así como estamos ahora nosotros. Cada movimiento, me dijo el flaco Alberto el otro día en un asado, el flaco ¿te acordás? ese que estudia también para maestro, me dijo, andá a saber, tal vez medio tocado por el vino, "cada gesto es una palabra" y yo, como buen burro nomás, no lo entendí, pero después, cuando te vi desnudarte al costado de la cama para meterte conmigo y me vi con la pata quebrada aquí, pensé que el flaco tiene razón y que me voy a tener que comprar un diccionario para contarte Chonita, ay mi vida, contarte a vos todas las palabras que me has enseñado. Como ahora, mi amor, ahora que ya no puedo pensar, que ya no tengo regreso, que soy puro gesto hacia vos, puro remolino hecho vos, con tus piernas hechas a la forma de mis piernas, aun con este yeso que me hace picar hasta arder, ¿cómo te voy a explicar? no tengo palabras para este hueco de luz que me invade cuando vos me quitás esta comezón y me perdonás que yo, tan idiota pero al menos no tan cruel como la gorda rubia, me haya quebrado de manera tan tonta. Ahora sí mi vida, ahora que me ha quitado la comezón con sus silenciosas palabras, ahora venga conmigo, quíteme esta otra picazón que yo le juro, le juro mi amor, no voy a pensar en la cara, en la mirada, en los movimiento de la gorda, voy a esta solo para usted, para su propio texto mudo de amor, ahora sí mi vida, venga con su negro que la gorda está distraída y el Inocencio ya no llora.

URUBU

Mai:

Sé que al recibir esta carta se sorprenderá, hecho que me parece natural ya que hace apenas tres días nos despedimos luego de las dos primeras semanas juntos después de la caída o embarazo, según como se vea. ¿Por qué, entonces, esta carta? Le pido que me entienda, hay cosas reservadas a la escritura, no al habla, y ojalá, al leerla, esté usted de acuerdo.

Yo sé que el sufrido reloj de sus entrañas le dice que nació hace unos cuantos años, en un cálido mes de otoño, cuando algunas flores se arrepienten de haber venido, y sin embargo, Mai, debo decírselo, debo contarle de otros nacimientos, confusos y difíciles, sin reglas.

¿Recuerda aquella noche en que salí enloquecido tras la mujer para escapar de Ella y sin embargo, perdido en la ciudad, deambulé sin dar con su casa? Otra versión de otro que vive en mí dice que en verdad encontré a la amada y que ella, intimidada por mi desconocido tono de voz, no quiso abrir la puerta. Es

posible, Conocemos todos los días infinidad de puertas que no se abren nunca por las noches, ni aun para cumplir con los rezos matutinos. Lo concreto es que esa madrugada algo ingresó en mí en medio de mi propia destrucción. No era, y por favor créame, nada extremo en sentido alguno, al contrario, hubo un testigo que creyó que yo estaba ebrio. Ahí tiene usted una prueba contundente de todo despojo trágico. Sin embargo algo, simultáneo con el rechazo de la mujer, se metió dentro de mí. La máquina de mi ser comenzó a crujiir y a dividirse.

El primer síntoma - si así cabe llamarlo- fue la imposibilidad de estar solo por temor a desaparecer, cualquier individuo formado único cerca de mí, me hacía recordar la existencia y, por ende, impedía mi desaparición. Por eso usted debió acompañarme hasta aquella minúscula aldea especializada en enseñar cómo dominar las ansiedades o embarazos de esta índole. No valieron, en este caso, sus oficios, Mai, ni su inclusión dentro del orden jerárquico de antiguos dioses sin nombre para mí, porque aquello que yo sentía dentro crecía y crecía. ¿Ha notado usted que el participio embarazado no puede en nuestra lengua terminar en "o" ? Sin embargo, así me sentía yo. Percibía no uno sino muchos o, como lo dijera Adolfo, no daba en la clave nunca porque siempre la casa tenía más habitaciones que las pocas que figuraban en el plano.

En aquella aldea llena de matemáticos incapaces de soportar una división, hablé bastante con un brujo de

otra escuela que la suya, es decir, un brujo que ha disimulado por la cultura su condición de ritualista. No le van a decir a uno, por ejemplo, "soy un pai", sino que adoptando un aire muy adusto, dirán: "estoy aquí para ayudarlo".

Al final me aburrí y mi fui de jardinero de mi propio desierto, sin tener claramente definida mi función. Hasta que un día fui a una casa de placer, usted sabe, la biología es esa cosa a mano que juega, como los sistemas, a ocultar y a mostrarse, así que un día se mostró y cuando regresé a mi apartamento me encontré, tirado en el pasillo, con aquello.

Tendría unos cuarenta años, la altura de un enano y una ropa como la de papá cuando se viste para un casamiento; traje, pantalones anchos y sombrero a lo compadrito. Después me enteré que era mi primer hijo. Creo que su sexto nieto, Mai.

-¿Quién eres tú?- le dije.

Tenía un aire de lo más atrevido, como si en vez de ser hijo de la cultura hubiera sido un verdad algo natural. ¿Cinismo? Creo que sería excesiva la palabra.

Recuerdo que habló y una baba espesa y marrón, como tierra licuada, cayó de sus labios.

Soy el hombre buey - dijo- y he venido a anunciarte.

-¿A anunciarme qué?- le pregunté.

No dijo nada. Se señaló el vientre demostrándome que sentía hambre en ese momento como cualquier recién nacido, por otra parte, lo siente. ¿Había yo vomitado aquello? Es probable, Mai, es probable. Y como él podía hablar me explicó que deseaba solo alimentos frescos; verdura, fruta, pan, leche, pero nada de guisado y esas cosas. Le di lo que pude, no protestó y cuando lo arrojé antes de dormir, me dijo:

-La tierra te inundará de placer-

No sé cuánto estuve parado en aquel sitio repitiéndome esa frase, pero creo que mucho, creo que hasta me oriné de frío y tal vez vino alguien a decirme que debía acostarme. No recuerdo eso bien, pero a partir de ese día el hombre buey adoptó dos posiciones. Una, cuando estábamos solos, era repetirme lo que acabo de decirle; la otra era obligarme a llevarlo a todos lados, como los marsupiales llevan en la bolsa a sus crías. Entonces, Mai, comenzó para mí una verdadera etapa de terror.

Usted, salvo cuando me acompaño a mí, vivió siempre en una ciudad de hermosa topografía y profundos disimulos como ocurre con muchas ciudades, pero aquí Mai era distinto, aquí en la niebla cerca de un agua marrón que golpea queriendo aprender del mar, aquí, Mai, era diferente, Y el hombre buey, mi hijo, odiado por mí con el fervor con el que solo se puede odiar a un hijo,

me torturaba continuamente. "Ya vienen la sombras por ti" me decía; o cuando subía al ómnibus me acosaba, "ese viene por tí, despídete". Era terrible Mai, aquello, y al llegar a casa, repetía su letanía:

-La tierra te inundará de placer-

¿Y cree usted que lo peor era el miedo? No, nada de eso, lo más terrible era su deseo de hablar por mí. Iba a un lugar, casi nunca solo, ya le dije- no sabe usted lo que es inventar un millón de sutilezas par no estar solo- pero íbamos a un lugar y yo quería hablar y no podía, él tomaba olímpicamente la palabra. Por lógica, los que hablaban conmigo no entendían lo que yo-es decir el hombre buey- les quería decir. Aprendí, Mai, con gran dolor que el ser se satura de ciertos símbolos como usted me enseñó que la visión de los animales cansados enferma los ojos de los niños muy pequeños. ¿Ojeo? ¿Es así que se llama?

-La tierra repetía el hombre buey cuando estábamos en casa- te inundará de placer-

Pero no quería alcohol, no quería cigarros, nada de comidas excesivas, por lo que mi piel exhibía aquel pálido amarillo que a usted tanto le preocupó un día. Un asceta predicando la lozanía, la plenitud del ser, vaya un idiota este hombre buey, este mi primer hijo dispuesto a sacrificarse cada minuto por el peso de su propia vida. Era en verdad intolerable, por lo que busqué deshacerme de él.

Usted sabe, si lo habrá experimentado en su terreiro, que los nacimientos y las muertes no dependen de nuestra voluntad individual, sino de un orden mucho más amplio que nos sacude como el viento y que, sobre todo, no nos da explicación alguna. Así que las cuestiones esenciales de la vida, las verdaderamente trascendentes, ocurren sin darnos aviso, de tal modo que no la muerte sino la vida llega como un ladrón, Mai, ¿comprende usted?

Todo esto se lo cuento para decirle que un día al regresar de la calle, encontré al hombre buey sentado en el pasillo del edificio. Muy triste, como un tipo que se hubiera ahogado y después hubiera vuelto el cordero saliendo del pantano de la vida.

-Me voy- me dijo. Me alegró tanto esa noticia que fingí curiosidad. "Al fin, me repetía, al fin ese olor a vómito, ese color a cebo de mi piel, se irá, se marchará como cae la costra que se forma en la mujeres embarazadas. Se marcha, al fin."

Era joven pero me dejó feliz con su partida. No sé qué habrá sido de él, después de todo un padre no debe llegar demasiado lejos.

Cuándo se lo conté a un brujo que visitaba todas las semanas, él me señaló, creo que hasta feliz:

-Vaya, finalmente arrojó algo el arrojado- Anotación

que me pareció completamente fuera de lugar y hasta grosera, pero que sin embargo fue capaz de darme ánimo y tranquilizarme. Es increíble hasta qué punto las palabras son puñales embebidos en sedante, no se sabe nunca cuándo nos hieren o cuándo nos alivian del duro peso de la piedra en la espalda. A mí, en aquel momento, me aliviaron las palabras del brujo que si bien no era de su escuela, creo que habría podido entenderse con usted en términos aceptables. Me ayudó, Mai, créame, y sin embargo esa vez se equivocó.

Mis primeros días sin el hombre buey del espeso pantano de la vida, me los pasé casi contento, con menos miedo. Pero a los pocos días, al acostarme una noche, sentí algo extraño en la cama. Un bultito negro y tibio como el corazón de un criminal. Era la cosa más horrible que imaginarse pueda usted o cualquiera, Mai. Tenía cuerpo de hombre y cabeza de pájaro, pero de no de un pájaro específico, sino de uno que sólo tiene los rasgos generales de un pájaro, y no era como una criatura, era algo más, un día le llevaré una foto que encontré sobre el carnaval de Venecia, es lo más próximo a la imagen de Urubú, Mai, porque ese era Urubú, mi segundo hijo y su séptimo nieto, creo. Uburú, el que ya vino con nombre, el que no fue nominado por hombre, el que se me impuso libremente y fatal como los partos invisibles que le refiero. Creo que fui al baño, vomité largamente, tal vez me amenazaron con el cinturón si seguía molestando, creo que lamí los hierros de la cama pidiendo una explicación pero, como usted sabe Mai, cuanto uno más pregunta, más grande se

hace el muro, así que preferí dormirme, llorando al lado de mi nuevo hijo que ya había venido bautizado por él mismo, para no dejar ni siquiera esa zona sin herir, como la luz, que nunca se niega a invadirlo todo, como la luz, mai, que no se niega a entrar en ningún lugar.

En los primeros días Uburú se mostró prudente, no molestaba mucho ni le importaba que yo lo notara, lo que, como usted comprenderá, me intrigó sobre manera. Desde que el hombre buey se había marchado, mi habla había mejorado sensiblemente, no pensaba ya que todo el mundo estaba por matarme y soportaba mejor esa sintaxis del rechazo que utilizamos para escribir cotidianamente terroíficos textos que aderezamos, torpemente, con ciertas bondades.

-¿Qué haces?- le pregunté un día.

-Aprendo a leer-

Creo que hasta con ternura me miraba a veces; hace mucho de esto, cuando yo también era un niño y padre de dos duros hijos. Y él aprendió y leía y leía, todo el tiempo, con un desorden de loco, lo que no dejó de ocasionarme molestias. ¿Quién quería soportar un tipo que era como una carpeta llena de papeles con citas de los más dispares autores? ¿Qué novia Mai me hubiera soportado?

Porque a pesar de ser un niño, como tenía cuerpo de hombre, hacía esa vida que se llama en el manual de la

superficie "normal", ¿me entiende? Mientras tanto, Urubú no paraba de leer, Era una cita que caminaba, adelgazándome con tantas ciudades y gente que ponía en mi cabeza. Hasta que comenzó la otra etapa. Usted sabe que en estos baños hay paredes con azulejos blancos-aunque no lo crea las hay-, espacios en los que Uburú comenzó a escribir mensajes. Yo ni siquiera supe cuándo y cómo aprendió a escribir, pero lo hizo y entonces comenzó a torturarme. A todo el barro espeso que el hombre buey había dejado en mí, se sumaban ahora las inquietudes de Urubú, ¿puede concebir usted una desdicha mayor? Yo no la conozco, salvo, quizá, el hambre, pero es de otra naturaleza, terrible pero de otra naturaleza.

Yo iba al baño y encontraba, en cualquiera de las cuatro paredes, frases escritas por la letra escolar de Uburú, decenas, centenas de frases que vivían una horas y eran borradas para ser sustituidas por otras. Uburú escribía y yo leía. Me resultaba la situación verdaderamente inaceptable, era, ¿cómo decirle? un vértigo continuo, tan duro como el miedo que me atrapaba cada vez que tenía que caminar, solo, una cuadra en medio de la multitud. Era un maldito y yo quería vapulearlo, le preparaba en secreto un vapuleo, merecido por otra parte. Pero un día ocurrió algo. Al ingresar al baño lo noté impecablemente limpio y eso me reveló una sensación de alivio como nunca había sentido. Qué bien me siento, decía, qué bien me siento. El baño estaba sin palabras, y era como que yo había logrado por un ratito salirme un poquito de mí mismo, un poquito, sin estar

dormido, sin pastillas, sin el brujo, sin nada de eso, casi sin usted Mai, créame, casi sin usted. Entonces me lavé la cara, me refregué la cara como para sacarme el barro y cuando abrí los ojos estando agachado, vi el mensaje, casi oculto entre el espacio de la canilla y la pared.

"El desierto ha crecido demasiado. ¿Merece vivir quién no mata todo padre interior para que dentro de sí el desierto crezca hasta hacerse intolerable?

"Mata todo padre interior como yo te mataré a ti".

Qué hice al ver eso, se preguntará usted Mai. Nada y todo, lloré, olí mi propia mugre hasta el cansancio, me dieron inyecciones, eso es seguro, nací y morí muchas veces y Uburú conmigo, leyéndome un texto completa y drásticamente otro que el de sus entrañas. ¿Entiende mejor ahora?

Es difícil, ya sé, no le reprocho, es difícil, ¿quién puede, después de todo, agotar el dibujo de las sombras que proyectan la palabras? No es cuestión de culpa, es cuestión de condición. Muchas veces pensé en matar a Urubú pero, lógicamente, nunca tuve el valor suficiente. Hubiera sido, irremediablemente, un acto cínico. Pero peor hubiera sido porque, al cabo del tiempo pude comprender, eso creo, lo que quiso decir Urubú con un pensamiento que fue profundizado en soledad.

"El desierto ha crecido demasiado, es hora de que el poeta entre en la ciudad para traer tormentas a los hombres". Y eran estas frases, no las multitudes, estas

simples colgaduras de palabras las que me fueron uniendo a él, dándome cierta...¿cómo decirle? ¿armonía? Tal vez sea excesivo pero es en parte verdad.

“Es necesario matar toda forma de padre interior”, ¿comprende usted mis ocupaciones entonces? No me dirá que es fácil visitar parientes, o hacer sociabilidad con estos hijos, no con el hombre buey porque se fue y no creo ya que regrese, me dicen que ha muerto en una pantalla, o bombardeado por una pantalla, no sé bien, pero lo justo es que no volverá. Urubú en cambio ha permanecido más tiempo, me acompaña aun después de haber salido de la aldeíta que calma las ansiedades, y lógicamente, me ha ayudado a escribir esta larga carta que creo se justifica ya que es la primera que le escribo tanto desde el nacimiento de sus entrañas como del otro, aquella noche, cuando el desierto comenzó a crecer sin que yo lo supiera, dándome el cuchillo para matar el padre interior. Y por si fuera poco, Urubú, su nieto le recuerdo, me ayuda a soportar la literalidad, esa cruel peste que destruye los símbolos creando infinidad de mentiras para que olvidemos el ser.

No tengo, por último, que decirle cómo vivo. Usted lo ha visto en estos días pasados en los que percibí su preocupación por mi silencio y, le aseguro, no debe temer por eso. El miedo ha disminuido, la ansiedad amaina como tormentade verano, al tiempo que aumenta la resignación por los infinitos dobleces cotidianos. Le diría que Uburú me ha ayudado a aceptar la inevitable fugacidad de las sombras de las palabras y acepto, sin

CINCO FABULAS

VISION DEL ARCANGEL

Dos veces vi al arcángel. La primera fue cuando nació su hijo. Estaba muy triste en el pasillo del hospital, con algo molesto y pesado en las espaldas.

-Solo el llanto- me dijo entonces-nos hace alegres-

La segunda vez fue en una manifestación. Llovía y oí su risa estridente y feliz bajo la lluvia. Creo que se sentía enteramente sumergido en su tiempo.

La tercera vez no sé cuándo será. Busco la huella del encuentro futuro, pero es en vano. Como sé que ha muerto procuro encontrar su tumba. Sin esperanza y con miedo.

Es probable que su epitafio diga algo así: "Los que van a morir, te han silenciado".

O tal vez no diga nada.

LIMES

Una vez conocí a un hombre que tenía un obeso dentro. El cuerpo del poseído era muy delgado, lo que le creaba múltiples dificultades al tener que cargar con la fatalidad del obeso. Aquel delgado físico, convertido en retablo de tan pesada compañía, vivía en todo momento a punto de estallar.

Por otra parte, nadie entendía por qué alguien delgado requería en cualquier parte tanto espacio, y eso es algo que la gente no está dispuesta a tolerar fácilmente.

El obeso interior, creemos que por completo inocente, impidió al hombre delgado la realización de su más caro anhelo: volar. Por más que el infortunado lo intentó, el obeso jamás aprendió a elevarse; siempre tenía, a modo de capricho, pesados movimientos en las alas. Era un obeso con habitaciones, mucha gente y cuentas corrientes en las alas. Así, nadie puede volar.

Desesperado un día, el poseído subió a la montaña. Se lanzó al abismo y se sintió liberado, al menos un instante.

Ha perdurado cierta memoria del obeso.

Del hombre se recuerda su tontería.

GULLIVER

Ya voy Gulliver. Estoy preparando ahora la merienda de Guillermo. Ocurre que mi hijo es un viajero incansable. No deja nunca de viajar. Creo que no sabe. Hoy por la mañana, por ejemplo, no fue al colegio para viajar. Estuvo primero en la sabana africana, envuelto en mil peligros; después corrió por las calles de una no menos peligrosa ciudad, no sé si Nueva York o San Francisco; sin acusar cansancio alguno acompañó por una hora a un médico exitoso y tuvo tiempo al mediodía como para informarse. Después del almuerzo durmió un poco y ahora creo que ha regresado al Africa o al Asia, no estoy segura. Ya voy Gulliver. Mi marido, que es un imbécil, me obliga a llamarlo así. Está celoso del nene. Dice que un tal Johnatan nunca pudo soñar que en nuestro tiempo habría tantos viajeros como el nene. Ni que serían tan tontos.

HAI-KAI

¿Quién no vive hoy en Kai? Todo tratado debería comenzar por esta pregunta, siempre y cuando conven-gamos en qué es Kai. En mi opinión, una región para el hombre, sin otros límites que los suyos; tan históricos como las piedras y los corazones.

En Kai, los perros literales han ganado largamente la

batalla a los poetas.

En Kai, como forma de dominio, la literalidad se enseñorea sobre toda forma posible de poesía.

En Kai, los perros literales gobiernan, y son su plato preferido, los poetas.

El sacrificio se ha confundido con el altar.

Y sólo queda, en la noche, un prolongado y lúgubre lamento.

La vida... llega como un ladrón.

UNO QUE FUE AL BOSQUE

¿Ha visto usted qué hermosos farolitos chinos tengo aquí? Pensar que en el fondo son sólo caña y papel, materiales completamente inofensivos pero, cualquiera de los dos, aptos para usos verdaderamente terribles.

De esos tres que ve ahí, el del medio es auténtico, los otros dos son imitaciones.

Los tres se complementan perfectamente, como esas relaciones increíbles que ocurren en la vida.

Al de la izquierda lo compré en una feria en la capital; el del medio fue traído por una tía de mi mujer, una señora adinerada y adicta a los viajes; el de la derecha llegó porque un tipo nos convenció en la puerta de casa y nos lo vendió. Si usted viera lo terrible que se esconde en ellos, no lo creería. ¿Quiere verlos? Tómelos, no tema, no es tampoco nada que no sepamos ya.

Si usted los mira bien, apreciará que en su interior,

los tres presentan un dibujo en un lugar que podríamos considerar central en la totalidad del farol. ¿Lo ve en el de la izquierda?

Usted verá -sólo le pido por favor que no los cambie de sitio- que hay un dragón pintado. No tiene nada de particular, salvo por el hecho de que un chino jamás hubiera pintado un dragón muerto en un farol de esos. El desdichado falsificador pintó todo un poema trágico ahí, acaso sin saberlo.

En el del medio, creo que le dije que era el auténtico, usted ve que hay un dragón alado, se nota que es joven, persiguiendo un pájaro azul que huye asustado. Note la alegría del dragón, la angustia del pájaro. ¿Lo ve?

En el de la derecha, ese que usted tomó ahora, repare en que el dibujo es el de un hombre a punto de ingresar a un bosque. Quisiera pedirle que note el gesto de resignación y cansancio que transmite el hombre. Siempre me ha parecido algo terrible, sobre todo postrado en esta silla, mirando hora tras hora esos dibujos. Sin embargo, créame, no es lo peor. Lo más angustiante es el conjunto de oraciones que uno puede formar combinando los dibujos, por eso le pedí que no los cambiara de lugar.

Mi esposa, un tanto cargosa la pobre, los pone en otro orden porque cree en la esperanza, la felicidad y esas cosas. Yo prefiero el orden que usted encontró. Esa es mi oración. Ahora que se lo dije, usted puede hacer su propio juego. Si se atreve, claro

FOTO PORTADA: MARCELO CATTANI
IMPRESORA SALTO S.R.L. - SALTO - Uruguay
Dep. Legal 51.327
Octubre de 1991

Disputando ferozmente su tiempo a otros dos ramones-uno docente y el otro cronista-Lanzleri nos entrega siete cuentos y cinco fábulas en lo que es su primer libro de cuentos.

La creación artística, la vergüenza del ser, los desplazados pero no acallados fantasmas cotidianos, la inquietud frente a las pasiones que habitan la historia, son algunos de los núcleos temáticos entrelazados en relatos que, muy lejos de toda perfección técnica, señalan rumbos para posibles búsquedas futuras.

Tal vez-quién lo sabe- todo se reduce en última instancia a lo que apunta Urubú: "El desierto ha crecido demasiado; es hora de que el poeta entre en la ciudad".

Y cuando el desierto verdaderamente crece, los obstáculos son casi agradables excusas.

J.C.B.